



Graciela Fernández

**Como
las
uvas**

Novela



Graciela Fernández

Como

las

uvas

Novela



.....

*... yo creía
que crecer era sólo endurecerse,
volverse firme, austera
y estirarse hacia el sol como los árboles.
Y estaba equivocada.
Crecer, y madurar, es ablandarse
como las uvas, como las ciruelas.
Es encontrarse, un día
necesitando reventar la cáscara
para desparramar nuestras semillas.
Los hijos, las ideas,
las palabras, las obras.
La alegría que nace desde el fondo del alma
El amor.
El perdón.
Y la esperanza.*



I

MAURICIO

Más allá de tus ojos
más allá de tus manos
la vida se me aleja como un tren,
como un barco.
Y aquí me quedo,
sola
en el andén vacío de tus ojos,
en el puerto sin río de tus manos,
sin trenes y sin barcos.
Esperando.



Finales de enero, 1997

Córdoba – Argentina

No podía dar un paso más. El dolor en la planta de los pies era un martirio, como si caminara sobre alfileres; impaciente, se sacó las sandalias y fue hacia el dormitorio. Al pasar, se miró de reojo en el espejo del pasillo y por unos instantes dudó en reconocerse; le costaba creer que esa mujer delgada, con el cabello lacio y castaño hasta la cintura, los ojos color miel y una imagen prolija, sin edad, fuera ella misma, Griselda Flores, “Gris”, treinta y seis años (casi treinta y siete, los cumplía dentro de un mes), madre de un adolescente, diseñadora de modas, dueña de una boutique en la que vendía ropa artesanal... hoy se sentía tan vieja como una momia egipcia, cuanto menos, como si ya llevara cientos de años manteniendo el equilibrio sobre tacos altísimos.

—¡Andá a comprarme huevos, que ya cierran...! —le gritó a su hijo, que estaba mirando televisión.

Guardó las sandalias en el ropero y deslizó sus pies agradecidos dentro de unas pantuflas de raso fucsia, enormes y mullidas; desentonaban con los jeans y la camisola de gasa estampada que llevaba puestos, pero el cansancio se impuso al hábito de combinar colores y estilos y regresó a la cocina.

Eran las diez de la noche. Hacía apenas media hora que había llegado a su casa; todavía tenía que preparar la cena, recoger la ropa que había tendido temprano, antes de salir, y darse una ducha. ¡Que día infernal, por Dios! Y encima lunes, con una semana de locos por delante. Mientras iba y venía repasó mentalmente lo que le esperaba: mañana sin falta tenía que ir al banco, hablar con el gerente y pedirle un descubierto por otros quince días; su auto estaba descompuesto, en el taller; el viernes a la noche participaban en un desfile a beneficio del Hospital de Niños, había que medirle las prendas a las modelos para hacer los últimos retoques y por si fuera poco, los tres vestidos de novia estaban a medio coser. Más



.....
vale que esta noche descansara, porque para llegar al viernes con todo listo ella y su socia tendrían que amanecerse trabajando.

—¡Los huevos, Nicolás! —volvió a gritar, más por costumbre que por necesidad.

—Ya va, ya va, dejame ver los goles...

Chico de miércoles, igualito al padre —siguió pensando mientras pelaba papas—. *Si ya estuvo en la cancha, no sé para qué quiere ver los goles. Si no fueran los goles sería una propaganda, cualquier excusa es buena para estar como un opa ahí con la boca abierta mirando lo que venga mientras una trajina a cuatro manos, si total la comida se hace sola en esta casa, y no hay más que llevarse el tenedor a la boca sin dejar de mirar la pantalla y...*

—¡El auto del pá! ¡Vení, un accidente!

Se le erizó la nuca. Dejó caer las papas dentro de la pileta, corrió hasta el living y llegó a tiempo para ver cómo los paramédicos sacaban un cuerpo del interior de un auto destrozado. Inmediatamente las cámaras enfocaron al periodista:

—... una cupé BMW roja, descapotable, en la que viajaba un hombre de unos cuarenta años. El accidente ocurrió en la ruta E53, cerca del aeropuerto, hace apenas diez o quince minutos, alrededor de las seis de la tarde. Según algunos automovilistas que transitaban en el mismo sentido, la cupé los pasó a altísima velocidad y en un momento dado el conductor hizo una maniobra brusca, aparentemente para esquivar un perro, con lo cual perdió el control de su vehículo y luego de dar varios tumbos se detuvo en la banquina opuesta. Trataremos de establecer la identidad del herido, más información en cualquier momento.

Alcanzó a sentarse antes de que se le doblaran las piernas. Nicolás estaba pálido y miraba boquiabierto la pantalla del televisor. Respiró hondo un par de veces y trató de razonar. Ya era de noche, habían pasado más de tres horas del accidente y si sus cuñados estuvieran enterados le habrían avisado. Sacando fuerzas sin saber muy bien de dónde, los llamó.



.....
Gamal no sabía nada, había ido con Saúl a Traslasierra a tasar los terrenos de unos clientes de la inmobiliaria y venían en camino, así que ella le contó lo que habían visto en el noticiero y quedó en volver a hablarle cuando lograra averiguar dónde estaba internado.

Con manos torpes abrió la guía, buscó los números y llamó a las comisarías de Unquillo y Mendiolaza. Nada. Probó con la de Villa Allende; allí le aseguraron que el herido había sido trasladado a Córdoba, al Hospital de Urgencias. Llamó al hospital, y luego de intentar con varios números internos por fin le confirmaron que Mauricio Faisal había ingresado a las dieciocho treinta, y que probablemente estaría en cirugía porque no lo tenían registrado en ninguna sala.

Cuando colgó, temblaba entera. No podía ser, no parecía real: desde hacía más de tres horas Mauricio estaba muy cerca, a unas veinte cuadras, no sabía si vivo o muerto, y si no hubiera sido por el televisor ni se habrían enterado. Tenían que ir, urgente. Movida por la impotencia y la incertidumbre pidió un taxi, manoteó la cartera y arrastró a Nicolás, que seguía aturdido. Mientras iba en el auto le habló a Lola, su socia, y después de escucharla: *"... yo sabía que ese tipo iba a terminar mal... lo importante es que vos estés tranquila, olvidate del negocio..."* quedaron en comunicarse a primera hora para ver cómo hacían con el banco y todo lo demás. También llamó a su hermana, que se ofreció a acompañarla; no aceptó, y le prometió tenerla al tanto por teléfono.

Llegaron al hospital casi a las diez, y empezaron a peregrinar por los pasillos buscando el quirófano donde supuestamente todavía lo estaban operando.

Politraumatismos. Conmoción cerebral. Rotura del bazo. Hemorragia interna. Daño hepático. Estado crítico. Terapia intensiva. Las palabras del médico iban y venían y ella no entendía nada. Este no era el primer accidente de Mauricio, pero sí era la primera vez que se enteraba en el momento. Todas las otras veces, después de desaparecer un par de días era él en persona quien le contaba todo con lujo de detalles, y



.....
le mostraba ufano los golpes y las marcas: salía moreteado, cortado, chamuscado, pero andando. Como cuando se dio vuelta con un jeep en la Monseñor Cabrera y fue a parar al cantero del medio, entre las plantas, de donde emergió tambaleándose como un zombie con ramitas hincadas en el pulóver. O aquella vez que se desbarrancó en las Altas Cumbres con la moto, porque estaba entumecido y no pudo doblar a tiempo. O aquella otra...

Y de repente, lo que hasta hacía unas horas era un hombre imparable como un rinoceronte embravecido, destilando adrenalina, devorando kilómetros con su auto nuevo, se había convertido en una historia clínica llena de interrogantes. Un mal cálculo, un perro, o tal vez el destino; él creía en el destino.

Y ahora estaba en manos de Dios, o del destino, estaba solo ahí con su vida, o lo que quedaba de ella. O con su muerte. Solo. Como le gustaba estar ante los desafíos, sin pensar en que ese tipo de soledad que él asociaba con la libertad, era ficticia: del otro lado, con o sin su permiso, lo esperaban los que sufrían por él, los que se preocupaban, los que lo amaban.

Nico empezaba a reaccionar, así que le pasó el celular y le pidió que se comunicara con Gamal.

Como surgida de la nada, una figura clara y sigilosa le preguntó en voz baja si era pariente del señor Faisal. Se estremeció y la miró con desconfianza: era una chica joven con guardapolvo blanco. Recomponiéndose, dijo que sí. La aparición quería saber si el paciente había manifestado su voluntad de donar los órganos, o si la familia estaría dispuesta a dar el consentimiento. Maquinalmente, le contestó que debían esperar a sus cuñados, ellos tomarían la decisión; sonriendo comprensiva, la médica, o lo que fuera, hizo un par de comentarios convencionales y se fue sin hacer el más mínimo ruido, tal como había llegado.

Peor que buitres, pensó, viendo como el espectro funesto se alejaba. Todavía no estaba muerto, y ya querían saber si lo que quedaba se podía aprovechar...



.....
Sintió un escalofrío de pavor. La sola idea del cuerpo de Mauricio vaciado y entregado a los suyos como una carcasa inútil le dio náuseas.

Nunca habían hablado de eso mientras estuvieron juntos. Nunca hablaban de nada que tuviera que ver con tomar precauciones, con estar preparados para enfrentar la muerte de alguno de los dos. Él se creía inmortal y actuaba como tal: ni seguro de vida, ni nada parecido a medicina prepaga o seguro de sepelio. *“Eso trae mala suerte”, decía, “si me muero, háganse cargo ustedes, repartan lo que dejo y arreglen su futuro como quieran; no pienso pagar algo que no voy a disfrutar”.* Cuando decía “repartan lo que dejo”, difícilmente hablara de su cuerpo: no era la clase de persona que amara tanto al prójimo como para donarle sus pulmones, o sus córneas, o que viera con agrado la posibilidad de que su corazón latiera en otro pecho. Mauricio era un gran ego, indivisible. Y ahora estaba ahí, dependiendo de que otros decidieran qué hacer con sus despojos...

Nicolás le devolvió el teléfono y le dijo que los tíos venían en camino. Su hombrecito ya estaba en pie otra vez y decidido a ser valiente, por lo visto. La abrazó y se ofreció a traerle café.

—Que sea doble —le pidió—, y con mucho azúcar. Y compre chocolates.

Mauricio le traía chocolates cuando estaba enojada. Y años ha, cuando eran novios, le hacía regalos inútiles como un reloj de arena, una gorra cosaca de piel gruesa que le quedaba inmensa, una caja de música que nunca pudo abrir, porque no tenía la llave. Un día le regaló un caleidoscopio que encontró entre los trastos de su abuela, cuando ésta falleció y desarmaron la casa. A ella le fascinaron las figuras simétricas y frágiles, que parecían correr una tras otra mientras el cono azul giraba entre sus manos.

—Mirá bien porque así va a ser tu vida si te quedás conmigo... vos estás de este lado, todavía, yo ya me metí adentro... —le había advertido él anticipándose al futuro, en



.....
uno de sus arranques filosóficos.

Y así pasó, nomás. No hubo dos días iguales, dos temores iguales, dos alegrías iguales. El mínimo temblor de su mano insegura movía los vidriecitos prisioneros en el cono de cartón, y por más que girara y girara mil veces, repetir un dibujo era imposible, nunca lo conseguía. De la misma manera, nunca pudo adueñarse de un momento de paz y detenerlo ante sus ojos. Todo era breve, pura fantasía, como en el caleidoscopio.

Y ella siempre mirando desde afuera, sin decidirse a entrar. Muriéndose de amor por ese engendro mezcla de pavo real y hombre de las cavernas: pelo negro, ojos negros, mirada impertinente, barba áspera y tenaz en perpetuo crecimiento, humos de emperador y manos de campesino. Todo eso rematado por una insoslayable nariz árabe y una boca lasciva, como tallada a besos.

Lo conoció una noche de verano, en un boliche de Río Ceballos. Ella iba todos los sábados porque vivía ahí, y él había venido desde Córdoba con sus amigos; como tantos chicos de la ciudad, cada vez que podía se escapaba hacia las sierras, donde la vida era más tranquila y era más fácil salir a bailar porque no había tantos controles policiales. Él tenía diecinueve pero aparentaba más, como veinticinco; ella estaba por cumplir los dieciocho. Se enamoró de él cuando la traspasó con la mirada, la tomó de la mano y la llevó hasta la pista sin pedirle su opinión. Supo que él iba a ser el dueño de su vida cuando sintió sus brazos rodeando su cintura con cadenas de fuego, clavándole la música en la piel y en las entrañas mientras le tarareaba la melodía al oído. El primer lento que bailaron fue “Con tu blanca palidez”; nunca lo olvidaría. Después vino “Flying”, su tema favorito, y así quedó ella el resto de la noche, flying, volando, suspendida en el aire. Desde ese día se olvidó del mundo, de todos y de todo. Se olvidó hasta de pensar, de respirar, de comer y de dormir.

Volvieron a encontrarse un par de veces en ese mismo lugar. “No te amo, todavía, pero vos vas a ser importante en mi vida, muy importante”, le dijo él antes de darle el primer beso. Con el correr de los años, el “todavía” se fue desdibujando frente a



.....
algunas actitudes que parecían decir, aunque él no lo dijera abiertamente, “no te amo”. Pero el final de su declaración profética se cumplió: con ella había tenido a su único hijo.

Esperando el café que le traería Nico, se sentó en un rincón del pasillo y le vino a la mente el recuerdo de mucho tiempo atrás, de cuando descubrió que estaba embarazada. Por ese entonces Mauricio, peleado por centésima vez con sus padres, se había escondido en las afueras de la ciudad, en una casa abandonada. Siempre hacía esas locuras, escaparse, vivir en cualquier parte preocupando a todo el mundo y renegando de las comodidades que podía disfrutar junto a su familia. Los Faisal eran gente conocida, dueños de una importante inmobiliaria; tenían un piso en Nueva Córdoba, cerca de la plaza España, en un edificio puro bronce y mármol con portero uniformado, y que uno de sus hijos anduviera por ahí como un linyera, o casi, daba que hablar entre sus conocidos.

Para ella, una chica de su casa, esas fugas de Mauricio eran difíciles de asimilar, aunque su espíritu romántico la moviera más hacia la compasión por el incomprendido que a la censura. En el fondo, era novelesco eso de andar con él en una moto o un auto sin papeles (Mauricio no los llevaba a propósito) y los dos sin documentos desafiando a los militares que, ya casi encima del mundial '78, parecían brotar en cada esquina con sus armas en alto, su prepotencia y su constante afán de identificar hasta a las moscas. Eran tiempos complicados... cuando Estados Unidos envió una comisión para ver qué pasaba en Argentina con los derechos humanos, mucha gente común, casi ofendida por la intromisión y apoyando a los militares, reaccionó pegando en los parabrisas una calcomanía que proclamaba, en la franja central de la bandera celeste y blanca, “Los argentinos somos DERECHOS y HUMANOS”. Una revista de actualidad había colaborado repartiéndolas en sus ediciones como una forma de hacer patria, y el grueso de la población se tragó el sapo: acá no pasa nada que no deba pasar y todo está bajo control.



.....

Criada en un pueblo con una sola avenida y dos cuadras de centro, con una hermana menor, una madre que sólo tenía ojos para su casa y sus hijas, y un padre que ya no vivía con ellas (se había ido con otra mujer hacía un año), Gris ignoraba el peligro que corrían con ciertas actitudes y si alguien se lo hubiera dicho, no le habría creído. ¿Qué le podían hacer los militares, pensaba ella, si ni siquiera conocía a alguien con “ideas raras”? Además, y en esto coincidían sus padres y los de sus amigas, los militares estaban para proteger a la gente de los guerrilleros, que ponían bombas por todas partes.

Y en Río Ceballos nunca pasaba nada, o así le parecía; la realidad se circunscribía a su propio ombligo, por ese entonces, aunque tres años atrás, cuando todavía iba al colegio, la profesora de Matemática les había contado una tarde que en Córdoba, en el colegio Carbó, donde ella estaba haciendo un curso, se les había metido un francotirador y los había tenido toda la mañana boca abajo en el piso y apuntándoles con un fusil. Después hubo corridas por el techo, gritos, algunos tiros, y finalmente un soldado entró al aula y les avisó que ya podían salir. *“Este pueblo es un paraíso, chicos —les dijo muy seria— en la ciudad uno no sabe para dónde correr cuando se arma lío”*. Eso había sido en el ‘75, antes del golpe, y días después, su papá le hizo quemar todos los fascículos de la Historia de las Revoluciones, esa que traía los posters de Mao Tse Tung, de Lenin, y el del Che Guevara, que parecía un actor de cine con su ametralladora y su boina negra. Cuando protestó, recibió como respuesta que si les allanaban la casa y encontraban “eso” iban a pensar que ellos eran zurdos, y los matarían a todos. No tuvo más remedio que despegarlo de la pared, al Che, pero en lugar de quemarlo como a los demás lo tiró a la basura, de donde lo rescató unas horas más tarde para plancharlo, doblarlo prolijamente y guardarlo bajo el colchón.

En cuanto a Mauricio, su vida era a cara o cruz y nadie lo iba a obligar a renunciar a su libertad; si no lo conseguía el padre, que ya no sabía qué hacer para que no se metiera en líos, mucho menos los “milicos”, a los que despreciaba sin



.....
disimulo más por rebeldía innata que por ideología política.

La única vez que los detuvieron fue por un error de cálculo: él la llevaba en moto a Río Ceballos y como la ruta más directa, la del aeropuerto, siempre estaba vigilada, iban por la otra, que les daba más posibilidades de escabullirse. Pero ni bien salieron de la ciudad se toparon con un control. No eran militares, eran policías; los subieron a un móvil y los llevaron a la Seccional 14, que era la más cercana. Mauricio exigió un teléfono para comunicarse con su familia y nadie le hizo caso. Ella, en tanto, se había quedado muda del susto; uno de los agentes la miraba mucho, tenía cara de degenerado y cuando se le acercó, Mauricio se le paró enfrente y le dijo que no se metieran con ellos porque la iban a pasar mal, que no tenían idea de quienes eran, y hasta inventó que era sobrino del general Menéndez, *“y cuando mi tío se entere...”* Deben haberle creído, porque consiguió hablar a su casa. Al rato llegó don Faisal, hecho un basilisco; a fuerza de presionar con su apellido y nombrar a un par de militares conocidos logró sacarlos a los dos y recuperar la moto.

—Y que sea la última vez que salís sin papeles, ¡pelotudo!, no pienso andar por atrás tuyo todo el día... ¡mirame cuando te hablo, mocososo de mierda!

—Pará, viejo...

—A partir de este momento andás a pie.

Don Faisal, fiel a su palabra, dispuso que alguien vendría por la moto, les ordenó que subieran al Torino y hasta que los dejó en el centro los aturdió con un sermón apocalíptico en el que les dio a entender que estaban pasando cosas terribles pero sin darles detalles, con lo cual no hizo más que fastidiarlos en lugar de prevenirlos.

Una semana después, Mauricio pasó a buscarla en el auto de la madre; como no tenía la llave, lo había hecho arrancar uniendo unos cables que colgaban debajo del volante.

—Milicos putos... no voy a andar a pata por culpa de ellos.

—No eran milicos, eran policías.

—Igual, son la misma bosta.

—¿Traés documentos?



.....
—Ni pienso.

—Entonces no subo. Tu viejo habló con mi vieja y...

—Subí, o me voy.

Subió, y lo besó en la boca como pidiendo disculpas. Él sonrió, puso primera y salió derrapando por la calle de tierra, inmune a los insultos de la mujer que lo miraba con odio y lo amenazaba con el rastrillo porque le había asustado al perro, que estaba haciendo caca en la vereda. Siempre lo mismo. Cuando volvieran, la vecina, que parecía estar acechando detrás de la puerta, saldría a darle las quejas y le diría *“cuidate, nena, que ese atorrante te lleva por mal camino...”* mientras él le haría burla al cuzco histérico, que ladraría como si viera al diablo.

Nadie entendía a Mauricio, ni su familia, ni la de Gris, ni los amigos conformistas. Pero ella, con toda la inocencia de sus escasos años y su nula experiencia de la vida, creía en él. Como quien cree en Dios sin dudar de esa fe, lo amaba más allá de la prevención ajena y de quienes intentaban abrirle los ojos, que eran la mayoría. Pero no hubo caso: sus ojos se habían cerrado como por un hechizo, ciegos a todo aquello que no fueran sus propios sentimientos y su necesidad irracional de consumirse entre los brazos de Mauricio. Consumirse hasta desaparecer, hasta no ver, hasta no escuchar a nadie. Consumirse hasta borrar la realidad, hasta creer que entre ellos dos había, de verdad, un gran amor. Consumirse hasta quemar en esa hoguera las sospechas que brotaban en su mente cada día, cada hora que pasaba sin Mauricio.

Se obsesionó de tal forma que dejó la facultad a los pocos meses de haber empezado Arquitectura: seis años por delante repartiendo su tiempo entre los libros y Mauricio le parecieron una eternidad; cuando se recibiera iba a ser vieja —se decía, muy convencida— y se habría privado de vivir momentos únicos, y hasta existía la posibilidad de que si ella no estaba disponible las veinticuatro horas del día él la dejara por otra, y no podría soportarlo. No podría.

Durante casi dos años su vida pendió de un cable, el del teléfono, y de una voz: la de Mauricio.



.....
Cuando descubrió que estaba embarazada se escapó de su casa, y él no tuvo más remedio que llevarla a su refugio, a la casa abandonada en la que estaba viviendo desde que se había peleado con sus padres, hacía poco más de un mes.

No tenía luz, ni agua, ni vidrios en las ventanas. Apenas un colchón en el piso, algunas sillas y una cocina vieja conectada a una garrafa, nada más.

Después de un par de días, él decidió poner en funcionamiento el aljibe; ahora que serían dos no quería depender de la canilla del vecino, con la que llenaba un tanque que había en la galería conectándole una manguera después de sobornar a los perros con algo comestible y unas caricias. Pero para poder usar el aljibe primero tendría que limpiarlo. Buscó una soga, la pasó por la roldana y la ató a un gancho que sobresalía del brocal. Bajó apoyándose en las manos y los pies, como el hombre araña, hasta que encontró lo que no dejaba llegar el balde hasta el agua: una tabla atascada.

—Oíme bien. Yo ato la tabla y vos la vas subiendo con cuidado, que si se cae me parte la cabeza. Tranquila. ¿Me escuchás? —le dijo, como dándole instrucciones a un chico de tres años.

—Sí... —le contestó, asustada. Se asomó para verlo y ahí estaba, unos seis metros más abajo, sosteniéndose con las piernas abiertas y los pies apoyados en dos mínimas salientes de la pared del pozo, atando una tabla.

—Dale, empezá a tirar. Y cuando llegue arriba ojo que tiene astillas, no la sueltes.

Desató la soga y fue tirando despacio mientras algo en la panza le hacía fuerza. Le vinieron arcadas y empezó a transpirar. Cuando tuvo la tabla al alcance de la mano, ató la soga y buscó el mejor lugar para agarrar la madera, era gruesa y pesada y podía resbalársele.

Se abrazó a la tabla y tiró con todas sus fuerzas. La punta pegó en el borde, y cayeron algunos cascotes.

—¡Despacio te dije, carajo!

Intentó respirar hondo para darse coraje. Pero su corazón se desbocó aterrado, todo se puso negro a su alrededor, y se



.....
desmayó.

Cuando despertó, acostada en el colchón, él estaba cerrando la valija.

—Te volvés con tu vieja. Yo no puedo cuidarte, acá no tengo nada y vos no te la aguantás. Cuando pueda mudarme, te busco.

La llamó a los dos meses, para saludarla por su cumpleaños; todavía estaba en esa casa y le pidió que fuera a hablar con él esa misma tarde.

Tomó el colectivo que iba para Córdoba. Mauricio le había dicho que no estaría esperándola, se había hincado un vidrio en un pie y no lo podía asentar porque se le abría la herida, y ya bastante le había costado ir hasta el único teléfono público que había en el barrio, en un almacén. Se bajó en la parada del Monolito, en Argüello, y caminó más de media hora por calles de tierra que no le resultaban familiares, porque no se acordaba de cómo llegar y no tenía señas por las que guiarse: no había casas, sólo enormes baldíos llenos de yuyos y arbustos. Supo que estaba cerca cuando dos perros atigrados, que la miraban entrecerrando los ojos, le cortaron el paso en una esquina y los reconoció: eran los del único vecino de Mauricio. Se quedó quieta mientras se le arrimaban gruñendo y la olfateaban, hasta que al fin se hicieron a un lado y la dejaron seguir.

Cuando llegó, ya casi era de noche. Se sentaron en el colchón, alumbrados apenas por la luz cenicienta del crepúsculo, y entonces él le dijo que no quería lastimarla, que cuando naciera el hijo lo reconocería, y siempre iba a estar cerca, y se haría cargo de todo lo necesario, pero casarse no, ni vivir juntos. Quería viajar, ser libre, no estar atado a nadie. Ella lo escuchó en silencio pero no le prestó demasiada atención, ensimismada en el ser vivo que había elegido ese preciso instante para moverse dentro de su cuerpo por primera vez: era una sensación inquietante, como si una burbuja se deslizara de un lado al otro del vientre, pero la hacía sentir feliz y plena. Le dijo que sí a todo, mirándole los ojos de memoria en la oscuridad; lo único importante era lo que tenía adentro,



.....
un hijo de Mauricio...

—Dame la mano —lo interrumpió, y cuando la tuvo entre las suyas la apoyó por debajo del ombligo, presionándola con suavidad.

Ninguno de los dos dijo más nada, pero una extraña comunión los mantuvo unidos durante un rato hasta que él, atrayéndola contra su pecho, le pidió que se quedara a dormir; no podía vivir con ella, le dijo, pero tampoco sin ella, y menos ahora.

Tuvo que recurrir a toda su voluntad para decirle que no, que era tarde y tenía que irse. Recorrió el camino hasta la parada, que en realidad estaba a pocas cuadras, seguida por los perros, con los que se había amigado. Ni un alma, en la calle. Después de un rato largo vio venir el colectivo; se apuró a hacerle señas, porque si no la levantaba tendría más de una hora de plantón hasta que pasara el próximo.

Llegó a su casa cerca de la medianoche y tuvo que soportar la justa ira de su madre, que había llamado a todas sus amigas y la estaba esperando en la puerta, furiosa.

—¡Que no se me aparezca por acá, porque lo mato! Y vos no tenés vergüenza, embarazada y todo lo seguís buscando... Si te quisiera en serio se habrían casado, pero ése no quiere a nadie. Ya vas a ver cuando nazca el chico, le va a dar el apellido porque lo va a obligar el padre, que es buena gente, pero después desaparece. Y no le va a importar que te arruinó la vida. Y andá sabiendo: ¡acá no me entra más, si quiere ver al hijo que se case!

Desoyendo amenazas y prohibiciones ella iba a verlo de vez en cuando, le lavaba la ropa, le preparaba algo de comer. Y poco a poco él fue venciendo el miedo y se acostumbró a la panza, y se acostumbró a hacer el amor con cuidado, despacio, midiéndose, para no incomodarla. Tanto se acostumbró, que cuando ella no aparecía en toda la semana él iba hasta su casa de madrugada, saltaba la reja y le golpeaba despacito la ventana del dormitorio para enroscarse contra su espalda, posar las manos sobre su vientre y quedarse dormido sintiendo al hijo moverse bajo su piel.



.....

El café bien caliente le dio fuerzas, y Nico había traído también unos sándwiches. Miró a su hijo en silencio, tan grandote, pensar que era una laucha de dos kilos y medio el día que nació...

Aunque le quedaba lejos, había elegido tener a Nico en Córdoba, en la Maternidad Nacional, porque ahí estaba haciendo su residencia médica Isabel, la hermana mayor de Lola, una de sus amigas, y ella le aseguró que la iban a atender bien.

—Vas a tener que aguantarte algunas incomodidades —le dijo Isabel, recogiendo la mata de rulos en un rodete desprolijo que sujetó hincándole una lapicera—, pero yo voy a estar cerca y no te va a faltar nada. Venite el martes que estoy de guardia; te fichás y hacemos el primer control.

El martes a las ocho estaba en la maternidad, sentada frente a una empleada que comenzó a hacerle las preguntas de rutina con voz neutra: nombre completo, domicilio...

—Edad...

—Diecinueve años.

—Estado civil...

Tragó saliva y respiró hondo:

—Soltera.

La mujer alzó la vista sin levantar la cabeza, y la miró con atención por sobre los anteojos de marco grueso y negro. Tenía el pelo teñido de un caoba muy antinatural, y un peinado alto y esponjoso fijado a fuerza de spray como el que usaban todavía algunas mujeres.

—¿Con quién vivís? —siguió, en un tono que pretendía ser confidencial.

—Con mi mamá y mi hermana.

—¿Qué vas a hacer con el bebé?

Primero creyó haber escuchado mal, después le costó entender, y cuando al fin entendió quedó clavada en la silla mirando a la empleada con cara de espanto, sin atinar a contestar. En un segundo, todas las historias de robos o ventas



.....
de recién nacidos que había escuchado o leído le vinieron a la mente, y estuvo a punto de salir corriendo de ese lugar que ahora le parecía siniestro. ¡Dar a su hijo! La vida daría por él, desde el momento mismo en que supo que iba a tenerlo, y la bestia insensible que tenía enfrente le preguntaba así, de lo más tranquila, si lo quería regalar... Se sintió humillada, y mientras la mujer esperaba su respuesta se preguntó si estaba haciendo lo correcto, si no hubiera sido mejor aceptar que la familia de Mauricio, o la suya propia, le pagaran el parto en una clínica.

—¡Viniste temprano! —La voz de Isabel, que entró y le dio un beso, la rescató del estupor—. Me van a matar, me quedé dormida. Buscame cuando termines. ¿Qué tal, Rosita, como le va? Trátame bien a esta gorda, es amiga mía.

—¡Hubieras empezado por ahí! —le dijo la empleada a Gris con una sonrisa que le cambió la cara, quitándole varios años—. Terminamos la ficha y se la mando, doctora...

Tuvo que esperar dos horas largas que Isabel pudiera escabullirse del aluvión de “gordas” y “madrecitas” que había en la guardia.

—Tomemos un café que todavía no desayuné. Después te reviso.

De camino al bar se cruzaron con varios chicos y chicas de guardapolvo blanco; Isabel los saludó a todos con besos y abrazos, haciendo comentarios sobre alguna paciente, un curso al que debían asistir o el humor de tal o cual profesor. “Isa” era popular desde la secundaria, y no era para menos: alta, pulposa, tenía una sonrisa capaz de iluminarle la mañana al más desesperanzado, la voz alegre y sonora, y una frase ocurrente para cada persona y circunstancia.

—Todavía no empecé y ya estoy fundida —dijo mientras tomaba su café a las apuradas—. Y es siempre así, no damos abasto. Nos llegan embarazadas de toda la provincia y hasta de afuera, del norte; muchas vienen a punto de parir y sin haberse hecho ningún control, y uno no sabe con qué se va a encontrar...

—¿Te acordás esta mañana, cuando llegaste? Me estaban



.....
preguntando qué iba a hacer con el bebé... y me asusté.

—Es que hay mamás solas que a veces los dan... Es duro, pero... es la realidad. Lo único que nos queda es atenderlas bien y ubicar a los chiquitos. Más no se puede hacer, por lo menos desde acá.

—Ya sé... pero me dio miedo.

—Quedate tranquila que vas a estar bien. El equipo médico es de lo mejor y se trabaja con ganas, y lo que falta de algún lado se consigue. Pero anda comprando lo que te indicaron para el parto, por las dudas.

Le habían dado una lista y le habían pedido dadores de sangre; tenía tiempo hasta el momento de internarse para conseguirlos.

Nico nació en invierno, un mes antes de lo previsto, y ese día lloviznaba. Cuando se dio cuenta de que había roto bolsa tuvo que recurrir a un vecino para que la llevara hasta la ciudad porque en su casa no había nadie, y aunque no le dolía nada no se animó a ir en colectivo, era una hora de viaje; armó un bolso con lo que tenía a mano, escribió una nota para su mamá y entre el apuro y los nervios casi se olvida de avisarle por teléfono a Mauricio, que se había reconciliado con el padre y estaba trabajando en la inmobiliaria.

En la maternidad la revisaron en la guardia y enseguida la mandaron al primer piso, donde la recibió un ejército de practicantes que cada cinco minutos le tomaban el pulso, le preguntaban como se sentía y la mimaban como si fuera a morir; cuando comentó que era amiga de Isabel se ofrecieron en seguida para ubicarla porque no estaba, era su día libre.

En la cama de al lado había una chica que se quejaba mucho; parecía muy jovencita, y queriendo distraerla se puso a conversar con ella. Se llamaba Romilda, tenía catorce años y era de Villa Retiro, y hasta esa misma mañana había andado a caballo y se había ocupado de los animales de la granja en que vivía con sus padres y sus seis hermanos, todos menores que ella. Del novio no quiso hablar; sólo le dijo que cuando en la casa se enteraron de que estaba “preñada” se lo habían echado, y no lo había visto más.



.....
—¿Y quién te trajo acá?

—Mi papá, en el carro...

Conmovida por todo lo que intuyó detrás de esa breve historia, miró su alrededor y descubrió que Romilda no era la única adolescente que había en la sala; no es que ella fuera mucho mayor, en realidad, pero se sentía madura, había leído un libro de Isabel sobre el embarazo y el parto y le daba la impresión de que estaba más preparada para ser madre que esas chicas, que se veían desamparadas. Todas se parecían: rostros curtidos, y una expresión entre aterrada y embrutecida. La de al lado de Romilda tenía la piel muy oscura, casi marrón, y unos ojos verdes extrañísimos; le hizo acordar a un cantante brasileño, en el que contrastaban los rasgos africanos y el pelo hirsuto con los ojos claros. Había también dos mujeres maduras, muy gordas, que protestaban cuando les hacían tacto. Una dijo tirando un manotón: “¡Saacá la mano díai, que mi tení harta, iá!”, y la más vieja insultó al médico; fue un momento de tensión, que se disipó enseguida cuando desde otra cama se escuchó un alarido y una bandada de guardapolvos partió empujando una camilla.

Al rato llegó Isabel, saludó a sus compañeros y se sentó a conversar con ella; eso la distrajo, pero no lo suficiente para aplacar su ansiedad. ¿Cuándo nacería su hijo? De todo lo que había leído que le tenía que pasar, lo único que sentía era que a cada rato se le endurecía la panza y nada más; no había dolor...

Dos horas en la sala y al quirófano, sin un grito. Ahí se sintió una reina: Isabel estaba en la cabecera, y a sus pies, un par de metros más atrás, muchas caras sonrientes se disponían a presenciar el nacimiento. Lo que a otra le hubiera molestado, a ella la tranquilizó: con tantos médicos cerca todo tenía que andar bien.

En el momento mismo en que hacía la última fuerza para parir, levantó la cabeza y ahí estaba Mauricio sujetándose del marco de la puerta con las dos manos, pálido, impresionado por el cuadro de sus piernas abiertas, su cara de muerta y la sangre. Reaccionó al ver al bebé, y fue detrás de los médicos



.....
cuando se lo llevaron para revisarlo y bañarlo. Después volvió con ella.

—Es... ¡muy chiquito...! —le dijo emocionado, acariciándola.

Su voz sonó profundamente dulce. Se quedó en el quirófano mientras le suturaban la episiotomía, observándolo todo, y después la llevó hasta la sala, y le dio de comer en la boca. Recién ahí ella se fijó en que él estaba vestido de médico, todo de verde, hasta con el barbijo colgando del cuello. Y le tentó la risa.

—¿De dónde lo sacaste?

—Me lo dio Isabel. Pero mejor me voy antes que me descubran.

Esa noche no durmió. Había diez camas en la sala, y casi todos los bebés lloraban. Además, no tenía sueño.

Hacía bastante frío, así que acomodó a su hijo boca abajo sobre su corazón para que estuviera más calentito y pudiera sentir los latidos como cuando todavía estaba dentro de su vientre, y ni los retos de las enfermeras lograron que lo acostara en la cuna.

Aislándose del mundo y de los ruidos, se dedicó a asumir la simpleza rotunda de la maternidad con toda el alma y a descubrir al hijo con todos los sentidos. Era apenas un frágil capullo de carne, aún más pequeño al tacto a través de su ropita, que le quedaba enorme. Casi podía abarcarlo entero con las dos manos. Y así lo tuvo toda la noche dormido sobre su pecho, sosteniéndolo avara, como a un tesoro. Una ternura nueva y desconocida le colmaba el alma. Su hijo amado... milagro de milagros, fruto robado al árbol de un amor sin futuro, esperanza de paz. Lloró, agradeciendo a Dios por escuchar sus plegarias: su hijo era sano y normal. Lloró porque en su cuerpo ya no cabía más nada que esa devastadora plenitud, lloró porque esa noche, en ese mismo instante, podía venir el fin del mundo que ella no se daría cuenta y moriría feliz.

A la mañana temprano vinieron los pediatras. Sobre las camas cercanas, unos bebés enormes de pelos duros y renegridos, que berreaban a todo pulmón, contrastaban con



.....
su muñequito frágil con carita de manzana y maullido de gato afónico. Romilda había parido una nena mofletuda y plácida, y la acunaba como seguramente había acunado a sus hermanitos, sin pensar, con ese instinto ancestral de las mujeres que de un día para otro las vuelve madres. La de los ojos verdes, en un estado de absoluta beatitud, sonreía con más huecos que dientes mientras revisaban a su hijito, que temblaba desnudo sobre una mantilla de lana apelmazada que alguna vez había sido blanca. La que había insultado al médico tenía prendido a la teta, que le colgaba hasta la cintura, a un varón (eso decía su ropa, toda celeste) que parecía querer comerse el mundo, y lo miraba con algo semejante a la alegría en sus ojos de buey, inescrutables.

A la siesta llegaron las visitas, de a cinco o seis personas por cada cama entre hermanitos, maridos, abuelos y hasta un individuo medio borracho que primero se equivocó de hijo y después de mujer, y que cuando por fin los encontró a los dos empezó a dar vivas al popular “Taaaiere” mientras trataba de envolver al pobre chico en una camiseta del club de sus amores. A los cinco minutos las enfermeras tuvieron que desalojar la sala y hacerlos pasar por tandas, pero aun así fue un caos.

—Sólo a vos se te ocurre venir acá —se quejó su hermana, que era bastante prejuiciosa.

Su mamá (que estaba dolida porque a ella no la habían dejado entrar el día anterior, y a Mauricio sí), su papá y los Faisal entraron de a uno y se mostraron felices, aunque algo incómodos por el entorno; Nico era el primer nieto, el primer sobrino, hubieran preferido verlo nacer en una buena clínica y le habían repetido hasta el cansancio que lo suyo era un capricho. Pero como les dijo don Faisal en un ataque de misticismo, totalmente embobado con su nieto que, según él, se le parecía: “...*si Jesús había nacido en un pesebre...*”

—¿Y Mauricio? —le preguntó ansiosa a Gamal, que fue el último en entrar—. ¿No va a venir?

—Difícil. Anoche salimos a festejar, se tomó hasta el agua de los charcos y no creo que se levante hasta mañana —



.....
contestó el flamante tío en tono casual, mientras buscaba que Nico le agarrara un dedo.

Dos días después, llevando a Nico en brazos y repuesto de la borrachera, Mauricio pudo entrar por la puerta del frente a la casa de Gris, luego de varios meses de exilio inapelable decretado por su ofendida “suegra”... durante los que se coló por la ventana para hacer en amor sofocando suspiros y escapar antes del amanecer, sigiloso y satisfecho.

Enseguida llegaron sus hermanos, y los padres, y el grupo pareció una gran familia por un rato. Una pequeña tregua.

Pero cuando se fueron y ella entró a su habitación para cambiar a Nico y darle el pecho, se le cayó la realidad encima. El moisés sin volados, de mimbre crudo, desentonaba con la cama de una plaza, el cubrecama de colores tejido al crochet, los posters en las paredes, el silloncito vienés con la Fiorella vestida de dama antigua, la biblioteca hecha con tablas y bloques de cemento (copiada de la Para Ti) que desbordaba de libros y revistas, el perchero tapado de abrigos, carteras, bufandas... No era el cuarto de un bebé ni el de un matrimonio, era su pieza de siempre, la misma pieza en la que se encerraba con sus amigas para hablar de sus cosas, estudiar o probarse ropa antes de ir a bailar.

Parada frente al espejo, su mirada desolada rebotó contra el cristal y se vio en medio de su pequeño mundo, que ya no sería el mismo. Tenía veinte años y era madre soltera. Estaba sola. Él era una visita, igual que los demás. Estaba sola.

Un médico con cara de cansado salió de la sala de terapia intensiva y Gris lo siguió por el pasillo pidiéndole que la dejara entrar a verlo.

—¿Es pariente?

—La ex mujer, allá está nuestro hijo, ¡por favor...! —suplicó.

—Está bien. Un minuto nada más, y de a uno.

Primero entró Nico. Salió desencajado, mordiéndose los labios y haciendo un esfuerzo sobrehumano para no largarse a llorar.



.....
Y después entró ella.

El hombre desdeñoso, temerario y rebelde que durante veinte años le había quitado el sueño estaba en un embrollo de sondas y aparatos. Tenía la cara llena de raspones, los ojos cerrados, los labios hinchados. Le rozó la mejilla con los dedos y le acarició un brazo siguiendo el recorrido de los músculos, y le tomó la mano. La sintió blanda, fría, ese no era el recuerdo que tenía de sus manos. Casi un año llevaba sin tocarlo pero lo conocía de memoria, como a su propia piel; imposible olvidar sus manos rústicas ni la firmeza pétrea de sus casi cien kilos. Hizo a un lado la sábana y miró conmovida su cuerpo desnudo. Un gran parche de gasa en el abdomen, otro en el muslo izquierdo, el pecho conectado a una máquina, y una sonda llevando un líquido rojizo hacia una bolsa, a un lado de la cama.

Sintió el impulso absurdo de abrazarlo para darle calor, de meterse en la cama y volverlo a la vida haciéndole el amor como a él le gustaba, de obligarlo a pararse y salir caminando junto a ella riéndose, mostrándole los golpes, como las otras veces. Le acomodó una ceja, la más desordenada, y le apoyó los labios en la frente. *No te mueras* —le dijo en un susurro haciendo fuerza con la mente y rogando con el alma, buscando transmitirle su desesperación y una esperanza—. *No aflojes. No te mueras... así no...*

—Señora, por favor... —insistió el médico desde la puerta.

Salió casi deseando no haber visto lo que vio, porque ahora su último recuerdo sería ése, Mauricio con la vida detenida pendiendo de un suspiro, sin su risa, sin sus ojos burlones ni su mirada altiva, totalmente indefenso y con las manos frías.

Nico se restregaba la cara con la manga, a falta de pañuelo. Lo estrechó entre sus brazos queriendo protegerlo, queriendo protegerse en ese hijo tan igual al padre, y también indefenso.



¿Te gustó?

¡No te quedes con las ganas de seguir leyendo!

[Clic para COMPRAR](#)

